

perdió sus ilusiones,
 porque de él, ya olvidados,
 no bajaron del techo descuidados
 á comer en su mano los gorriones.
 Y transido de pena
 por estas y otras cosas que imagina,
 Juan, con su cara de paciencia llena,
 bendiciendo su casa, que era ajena,
 por no echarse á llorar, vuelve la esquina.

VI

Probando de nuestro héroe la paciencia
 el destino con todos sus azares,
 quiso la Providencia
 que tuviese una herencia
 que añadió un pesar más á sus pesares.
 Si es curioso el lector, no habrá olvidado
 aquel pobre pastor ex-guerrillero
 que al partir á la guerra Juan soldado
 le regaló dinero;
 pues el mismo, de Juan, su compañero
 de glorias, de fatigas y de males,
 hizo un *Juan de las Viñas* verdadero,
 dejándole al morir, como legado,
 derecho á dos *majuelos* nominales,
 un *burro*, treinta *ovejas* y mil *reales*,
 con lo cual quedó Juan, siendo heredero,
 más rico que cien reyes orientales.

VII

Aunque él toda su vida
 aspiró al bienestar de los pequeños,
 tuvo Juan con la herencia recibida
 un enjambre de ensueños,
 pues pensó en la ventura exorbitante
 de llegar en la guerra á subteniente,
 sabiendo que no hay honra semejante
 á que todo oficial tenga asistente,
 y cualquier general un ayudante;
 y en lo civil, soñó desvanecido
 en ser grande de España,
 porque, excepto en la Arcadia, siempre ha sido
 un palacio mejor que una cabaña.

VIII

Mientras fué pobre Juan, fué despreciado;
 mas se hizo rico, y desde el mismo día,
 como hombre acaudalado
 tuvo primas sin fin que no tenía;

y viéndole nadar en la opulencia,
 le declaró su amor con inocencia
 una muchacha guapa
 de un pueblo de Valencia
 cuyo nombre no he visto en ningún mapa;
 porque en la humana historia,
 sin excepción ninguna,
 si algo hace la mujer por vanagloria,
 y el hombre por la gloria,
 lo hacen todo los dos por la fortuna.
 Mas ¿qué le importa á Juan ser heredero,
 si no se pone á meditar despacio
 que no hay moral mejor que la de Horacio
 con juventud, con fuerza y con dinero?

IX

La inocencia campestre es una cosa
 que sólo por bondad la sostenía
 Virgilio el inocente, que creía
 que en el campo es la gente candorosa;
 y de acuerdo también con las ideas
 que brillan en las obras virgilianas,
 á mí me gustarían las aldeas
 si no hubiese aldeanos ni aldeanas;
 pero el buen aldeano, hasta el más bueno,
 á todo aquel que hereda
 contribuye á arruinarle, como pueda,
 con la tristeza vil del bien ajeno.
 Por eso á Juan, cierto vecino honrado,
 con la mala intención de dos beatas,
 le envenenó el ganado
 untando el desalmado
 con jugo de baladre unas patatas;
 y nadie hallará extraño
 que priven en el pueblo estas ideas,
 pues las gentes de bien de las aldeas
 sólo saben gozar cuando hacen daño.
 Y el Fisco, por supuesto,
 su escaso haber fué convirtiendo en humo,
 imponiéndole impuesto sobre impuesto
 por la herencia, la industria y el consumo;
 por lo cual el riquísimo heredero
 supo por experiencia
 que Dios suele mandarnos con frecuencia
 la desdicha hasta en forma de dinero.

X

Y el vulgo desalmado
 cuando ve que no tiene Juan soldado
 ni un cuarto en el bolsillo,
 no le llama *Don Juan*, ni *Juan* siquiera,
 pues de cualquier manera
 le llama uno *Juanele*, otro *Juanillo*;

XII

Viendo en fin más allá de las montañas
 la choza en que miró la luz primera
 y en que su madre por la vez postrera
 «el hijo le llamó de sus entrañas,»
 después de un gran silencio de agonía,
 perdida ya por el dolor la calma,
 — ¡Adiós, madre del alma! —
 con voz mojada en lágrimas decía;
 y de nuevo gimiendo,
 mientras que da su corazón, latiendo;
 más vueltas que la rueda de un molino,
 la grande esclusa de su llanto rota
 perdiendo de sus ojos el camino,
 fué cayendo en su pecho gota á gota.
 Y como en cierto modo
 son las obras de Dios hasta piadosas
 con las almas honradas y amorosas,
 y hay horas de dolor en que habla todo,
 los seres animados y las cosas,
 mientras va hacia Madrid con paso lento,
 por la madre que llora en tal momento,
 como ecos de la pena que sentía
 oír y ver creía
 temblar la tierra y suspirar el viento...
 ¡Yo ví también, cuando murió la mía,
 á las piedras llorar de sentimiento!

CANTO CUARTO

JUAN LANAS

I

Al verse aquel ex-rico, que creía
 ser émulo feliz de los sultanes,
 y que pensaba disfrutar un día
 la dicha de los ricos holgazanes,
 á la vista del valle en que ha nacido,
 á pie, solo y herido,
 y herido por un asno tan vilmente,
 sintió la humillación del desaliento,
 porque acaso ignoraba el inocente
 que todo hombre de bien lleva en la frente
 la señal de la cox de algún jumento.
 Mirando al cielo airado,
 quiso desesperado
 maldecirlo en su amargo desconsuelo...
 ¡Calla, desventurado!
 porque caiga una teja de un tejado,
 ¿qué culpa tiene de eso el pobre cielo?

Marchaba hacia Madrid, y á Juan rendido,
 después de andar hambriento un día entero,
 cuando se iba á caer desfallecido
 le da un melocotón un pordiosero,
 y con esto ya el hambre con sus iras
 la intrepidez estomacal no abate
 del que fué hasta Madrid, desde Algeciras,
 con un pan, dos arenques y un tomate.
 Y, después de comerse al otro día
 un trozo de jamón que suelta un gato
 que persigue el mastín de una alquería,
 en vez de dos, muy malos, que tenía,
 triunfante entra en Madrid con un zapato;
 y al ver una plazuela
 que, siendo occidental, llaman de Oriente,
 se sienta á descansar tranquilamente
 sobre un banco que el moho aterciopela.

Era una noche de verano, y viendo que la gente afanada, discurría cual si anduviese huyendo de la lluvia menuda que caía, oyó hablar — «de cuartel,» — «de infantería,» «de motín,» — «de sargentos,» — y, temiendo por el doctor su hermano y por María, se fué á buscarlos, de ternura lleno, que aunque celoso, de rencor ajeno, recordó que su madre le decía — Que seas bueno, Juan, que seas bueno; — y, su estancia por Pedro autorizada, en casa de su amada, muy cerca de la cuadra, y junto al coche, como en los tiempos de su edad pasada, Juan durmió aquella noche sobre un lecho de hierba embalsamada.

II

¿Qué pasaba en la corte? Al fin de un día de un triste mes de junio, se sentía una paz sepulcral que daba miedo. Madrid aquella noche parecía una ciudad más muerta que Toledo. No dejó desterrada la maldita ambición del mundo entero, cuando el César Severo — Yo he sido todo — dijo — y todo es nada, — pues todos luchan ya por ser mejores; los pobres por ser ricos; los ricos por ser reyes ó señores; por ser grandes los chicos; los reyes por llegar á emperadores; y por esta razón se combatía al Duque de Tetuán, que presidía un paternal gobierno; y aunque nada se oía, aquel silencio, al despuntar el día, se convirtió en el ruido de un infierno; pues al rumor de balas y sablazos, de gritos de furor, de cañonazos, se une el himno de Riego, ese vino español alcoholizado que embriaga y acalora como el fuego, y que, en calles y plazas derramado, las almas apasiona, y hace que sea el aire electrizado un héroe macedón cada soldado, cada casa una puerta de Gerona. ¡Luchando aquí á traición, allí con gloria, á degollar se lanza más bien que el patriotismo la venganza,

pues, si es fiel mi memoria, no igualan á aquel día de matanza las más grandes tragedias de la historia; y no habrá tanta sangre y tanto arroyo en la hora en que, aleve, alzando por señal el pendón rojo, traiga á este mundo el general despojo la negra pascua de la hambrienta plebe!

III

¿Quién vencerá? La buena estrella. ¡Es loco el que cree en los prodigios de la espada, pues si una gran virtud estriba en poco, la heroicidad mayor pende de nada: por eso siempre en los azares funda sus triunfos en la guerra la gran casualidad, madre fecunda de todos los sucesos de la tierra! Y ¿qué importa á los pueblos ofuscados en lo real, ni el honor ni la victoria, si, ilusos ó engañados, con falsedad notoria van llenando los templos de la gloria con héroes por los necios fabricados; y en lo ideal, turbada su memoria, cuando están por el cielo arrinconados, con pedazos de dioses destrozados terraplenan los huecos de la historia? ¡Mas dejad que el que todo lo gobierna permita de la guerra el don funesto que el corazón y la virtud consternal... ¡Ya acabará todo esto cuando dé al mundo Dios la paz eterna!

IV

Y volviendo al horror de la jornada, motín y rebelión á un tiempo mismo, la soldadesca armada de la plebe inocente y confiada inflama hasta la rabia el patriotismo. ¡Oh, Libertad querida! Por tí, ciegos, en lucha fratricida se matan sin clemencia héroes sin nombre que la historia olvida. Y al fin será menor tanta demencia si creen en su conciencia que, epílogo la muerte de la vida, es prólogo á su vez de otra existencia! ¡Oh, Igualdad imposible! ¡En vano, en vano, el freno sacudiendo de las leyes, un día, por envidia hacia los reyes, el pueblo hace de rey puñal en mano;

VI

pues ni espadas, ni sables, ni puñales nos han de hacer en condición iguales, y, pese á su patriótica constancia, jamás podrán romper los liberales la eterna esclavitud de la ignorancia!

V

Pido á Dios en mis grandes devaneos, de mi madre en memoria, que el cielo al ambicioso le dé gloria y á Juan y á mí templanza en los deseos. A Juan, de quien ya he dicho y repetido que en tanto que en su casa, aunque querido, como un esclavo el infeliz vivía, su hermano Pedro ha sido criado de tal modo, que creía que el pan lo da la tierra ya cocido, y por eso en sus gustos consentido solía presumir de tal manera que por ser aplaudido pondría fuego al mar, si el mar ardiera. Y aquel día, ambicioso sin cautela, supuso estar febril de patriotismo, y hasta se hizo orador de callejuela y habló de honor, de patria y heroísmo. Mas próximo el motín á ser vencido, fingiendo estar contuso, estando ileso, fué Pedro conducido á un hospital en calidad de preso; y al verse recibido por su amigo querido un médico castrense, calvo y grueso, que llevaba en el frac cinco ó seis placas, con un bordado de oro tan espeso que con sólo el exceso se podrían bordar veinte casacas, Pedro de astucia lleno dijo al castrense con fingida calma: — Yo sé que Juan mi hermano, que es tan bueno, se pondrá en mi lugar con vida y alma. — Y al verle ya sin ganas de aspirar al honor de ser guerrero, á Pedro preguntó su compañero: — ¿Tan bueno es ese Juan? — Es un *Juan Lanas*, Pedro responde. Y sin perder momento, se llama á Juan, el que acudió contento; porque esto es lo que pasa: hombre ó mujer, el bueno de la casa siempre es la cenicienta ó el ceniciento; y dócil por costumbre, obedeció sin desplegar los labios; ¡funesta mansedumbre por la que suelen condenar los sabios la bondad á una eterna servidumbre!

Poniendo á Juan, por fin, en vez del preso, el médico castrense calvo y grueso el porvenir trocó de los dos hombres después de sobornar á un centinela. Estos cambios de cosas y de nombres siempre harán de la historia una novela. En tanto que falaz de aquella suerte el médico ex guerrero á fuerza de matar temió á la muerte, Juan, no temiendo nada, ponía en su mirada más bondad que en los ojos de un cordero; y al mirar que su hermano se alejaba con un traje de noble advenedizo y aquel aire enfermizo que tenían los muertos que mataba, creyendo ver en él la imagen santa de su infancia querida, hacia sus ojos se agolpó la vida y se anudó el dolor en su garganta.

VII

Mas Pedro, que era un hombre abominable, de tal hipocresía, que el fin de sus acciones consistía en no dejarse ahorcar ni aun siendo ahorcable, poniendo á Juan en su lugar, y haciendo á la verdad agravio, de su castigo se excusó ejerciendo la explotación del bueno por el sabio. Y al verse libre, de imperial manera con mirada altanera honró á los practicantes sin ver á Juan siquiera, que es, á pesar del inmortal Cervantes, la fuerza de la sangre una quimera, y se alejó en seguida, siempre orgulloso de su buena suerte, como un enterrador que en plena vida no respira más que hálitos de muerte.

VIII

Y cuando Pedro disfrazado huía, y azorado veía los muertos por la calle amontonados, renunció á la ambición desde aquel día, y con fe volteriana repetía «que es muy bueno el laurel en los guisados;»

y su alma, desde entonces espantada,
jamás volvió á pensar en rebeliones;
que en muchas ocasiones
nuestra vida, maestra consumada,
prueba con sus lecciones
que enseña más moral una estocada
que Fray Luis y Bossuet con sus sermones.

IX

Mientras llega el momento
en que, juzgado Juan, vea contento
que, en lugar de su hermano sentenciado,
ó sólo va á presidio, ó es fusilado,
diré que en la batalla dió la suerte
la razón al más fuerte,
pues, aunque ya decía Saladino
que no calla la sangre que se vierte,
como un torpe dramático, el destino
lo suele arreglar todo con la muerte.
Y así tras largas horas de agonía,
con tanta destrucción y tanto muerto,
haciendo de Madrid en aquel día
una gran catacumba á cielo abierto,
puso al motín remate
O'Donnell, que sabía
que entre todas las armas de combate
protege siempre Dios la artillería;
y altivo, fiero, y por valor sañudo,
con el cañón ensangrentó la tierra,
porque era la divisa de su escudo:
«Paz en la paz, pero en la guerra, guerra.»

X

Tal fué el gran Duque de Tetuán primero,
quien, cortés, valeroso y caballero,
las serpientes ahogó de la anarquía,
amó la libertad como Espartaco,
y en santa unión para formarle un día
dió su cuerpo Escipión, y su alma Graco.

XI

Como es caso olvidado por sabido
que no hay enterrador como el olvido,
midiendo á todos por igual la suerte,
se durmió el vencedor con el vencido
en el común regazo de la muerte:
y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
acabó, como acaba toda guerra,
que se entierra al final, ó no se entierra
en lugar del amigo al adversario;
trabajo innecesario,
pues de todas maneras en la tierra
lo que no es cementerio es un osario.

XII

La gloria y la ambición no tienen cura:
y el que haya un vencedor frente á un vencido
excluye de la tierra la ventura;
pues ¿qué es nuestra ambición? Una locura;
y nuestra gloria ¿qué es? Ruido y más ruido.
Siempre es menor del alma la grandeza
que la miseria en que se ve abismada;
porque ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO V



I

Después del día en que terriblemente,
por la espalda una vez, y otras de frente,
se mataron los hombres á millares,
la lluvia indiferente
fué llevando la sangre al Manzanares,
y el río se fué al mar por la pendiente;
y antes de la llegada
del silencio que sigue á todo ruido,
y después de aplicada
la moral vencedora «¡ay del vencido!»
acabó nuestro Juan en presidiario;
pues el hado enemigo,
llevándolo hasta el fin de su calvario,
lo hizo mandar á Ceuta por castigo
al primer batallón disciplinario;
y es fama que su fama de asesino
por su hermano arrojó noble y sereno,
pues cuando un blanco, como Juan, es bueno,
ese blanco es un negro del destino.

II

Había en Ceuta una fatal Roseta
que, adiestrada en amor por un tal Nelo,
en el cuartel del Fijo echó discreta
la caña de pescar de sus encantos,
siendo Juan el primero que, entre tantos,
picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
engañado tal vez por su deseo,
creyendo que Roseta,
hermosa valenciana con *seseo*,
se parecía un poco
á su novia María,
con honda idolatría
la adoró como un ciego y como un loco,
y ella, hasta el fin artera,
por Juan idolatrada,
se empeñó en olvidar que era casada
y se dejó obsequiar como soltera.

Valenciana notable
por el subido azul de sus ojeras,
tiene un alma irascible y entrañable
que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
á un criado de un Duque de Gandía,
aunque huertana y gruesa, era tan bella
que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
una mujer más andaluza que ella
por la sal que vertía;
y si alguno dudase de mi aserto,
que suba al cielo, y le dirá si es cierto
el sol, que es natural de Andalucía.

III

Era Nelo un gentil aventurero
que con el alma para el mal nacida
fué el que á Roseta administró el primero
el bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,
se quedó como muchas en el mundo,
no por causa del cura, mal casada;
y aunque era religiosa á su manera,
de veinte se cansó de ser soltera,
y casada de un mes se halló cansada.
Y Nelo, acaudillando
cierta mañana un enemigo bando
de turcos españoles con careta,
robó á Roseta antes de entrar en misa;
y es fama, aunque lloraba, que Roseta
se dejó secuestrar muerta de risa.

IV

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
y el Nelo de quien hablo,
siendo mejor que el diablo,
es un poco peor que Maquiavelo;